

Evolución histórico-artística de la construcción y de las condiciones de trabajo en la Prehistoria y su proyección en Extremadura

Raúl Gómez Ferreira. Dr. en Prevención de Riesgos Laborales. Profesor de la Universidad Isabel I de Castilla. CEO en INSEGSA Ingeniería Preventiva S.L. Trujillo (España).

José Antonio Ramos-Rubio. Dr. en Historia. Académico Correspondiente de la Real Academia de la Historia de España. Académico Correspondiente de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes. Cronista Oficial de Trujillo (Cáceres). Trujillo (España).



Desde los orígenes de la humanidad, las obras de construcción han sido vitales en la subsistencia de la raza humana. La historia, transferida por grandes historiadores y arqueólogos de todos los tiempos, se sustenta en antiquísimos manuscritos y reseñas; y, sobre todo, por las muestras arquitectónicas que siguen perdurando en la Tierra; revelándose a las grandes vicisitudes del tiempo y del carácter destructivo de nuestra propia existencia.

Cualquier obra de construcción resulta determinante para interpretar los procesos y procedimientos constructivos, y para comprender y analizar, a través de la historia, las condiciones de trabajo a las que debieron estar sometidas las diferentes civilizaciones.

Haciendo un balance muy esquemático de lo que nos manifiesta la Prehistoria, se percibe, prácticamente desde sus orígenes, un gran interés por la diversificación de la construcción, es decir, en crear diferentes tipos de obras en función a las necesidades vitales de cada momento. De este modo, nuestros antepasados prehistóricos comenzaron con la construcción de refugios muy simples pero suficientes para protegerse de los depredadores. Pero el transcurrir de los tiempos les motivó a aunar fuerzas para crear obras más ostentosas, donde se pudiera honrar a los seres perdidos, e incluso dar

culto a sus dioses; prueba de ello se refleja en un buen número de restos arqueológicos de marcadas condiciones funerarias y religiosas.

El mayor inconveniente de la Prehistoria es la falta de pruebas documentales como consecuencia del desconocimiento de la escritura que no se produjo hasta el siglo IV a. C. con las civilizaciones antiguas¹¹⁶.

Para poder llegar a un conocimiento aproximado acerca de las condiciones de vida y la utilización de los primeros útiles por el hombre, para datar los hallazgos que van apareciendo en los distintos yacimientos arqueológicos, contamos con métodos de datación, que son las técnicas y procedimientos que nos permiten determinar la fecha de los restos hallados y su utilización en el lugar donde han sido encontrados. En relación a nuestro estudio, nos interesa acudir a la estratigrafía (excavación arqueológica), pues los sedimentos de cualquier yacimiento se disponen de manera que los más antiguos descansan siempre por debajo de los más modernos o la correlación faunística, basándonos en la estratigrafía y en el estudio de los fósiles que contienen los diferentes estratos, gracias a estos fósiles o hallazgos podemos saber el alimento diario de los homínidos y el medio ambiente en el que se depositaron tales sedimentos, que frecuentemente se encuentran junto a distintos tipos de útiles de piedra, hueso, metal y cerámica encontrados. Apoyándonos en la estratigrafía, es posible reconstruir series evolutivas temporales desde las más antiguas a la más moderna, y establecer correlaciones entre los estratos de unos yacimientos y otros.

Uno de los factores más importantes ocurridos en la Prehistoria fue el descubrimiento del fuego en el Paleolítico, mejorando las condiciones de vida y, por ende, las condiciones de trabajo, permitiendo a los homínidos a aumentar sus probabilidades de sobrevivir. Hace 176.500 los homínidos ya utilizaron el fuego en la gruta francesa de Bruniquel, al sur de Toulouse. Ofreció ese descubrimiento inesperado seis estructuras compuestas de estalagmitas organizadas de forma más o menos circular, junto a restos de combustión de fuego.

Gracias al fuego le permitía soportar climas muy fríos y además, ahuyentar depredadores y calentar la comida. Durante esta época el hombre fue cazador, pescador y recolector, por lo que llevaba una vida nómada, eran escasísimos los que superaban los 25 años. Su alimentación se basaba básicamente de la recolección de plantas, vegetales, huevos de insectos y animales pequeños. También cazaban, mamuts, caballos, ciervos, bisontes, renos, toros, en lugares de fácil acceso al agua y con caza abundante para instalarse temporalmente, desplazándose a otra zona cuando los recursos comenzaban a escasear.

¹¹⁶ En el año 3100 a. C., los mercaderes de Uruk (sur de Irák), añadieron a unas tablas que ya tenían marcas numéricas (5500 años), símbolos gráficos para contabilizar la mercancía. Aunque el primer alfabeto surgió 1500 años después. Tablillas de escritura cuneiforme. Calvet, 2007. Otros autores consideran que se hallan en unos cuantos símbolos utilizados hacia el final del Imperio Medio egipcio (en torno al 1850 a. C.) por los funcionarios administrativos de rango inferior para escribir en sus lenguas inmigrantes. Los vestigios más antiguos del alfabeto se encontraron en una pared rocosa llena de grafitis, cerca de una árida carretera en Wadi el-Hol (el Valle Terrible) que atraviesa el desierto entre Abidos y Tebas, en el Alto Egipto. Clayton, 2015.

El conocimiento del fuego supuso el mayor avance de este momento, en unos hombres que eran recolectores, carroñeros y cazadores. Eran nómadas que construían refugios perecederos y recolectaban alimentos, con los que se alimentaban; y fabricaban herramientas de piedra y de hueso.

Los utensilios que utilizaban estaban relacionados con las tareas de subsistencia y eran cada vez más pequeños y especializados. Estaban hechos principalmente de piedra, de madera o hueso. Existían gran variedad de objetos: propulsores, arcos, flechas, puntas triangulares, agujas o buriles. El hombre se veía obligado a extraer la energía necesaria para su supervivencia a partir de los recursos que el medio ambiente le ofrecía. Al igual que el resto de los depredadores, el hombre debía limitar sus necesidades para adaptarlas a los recursos disponibles en su entorno, desplazándose continuamente al ritmo de las estaciones en busca de los animales y las plantas comestibles¹¹⁷.

Los primeros homínidos debieron buscar refugio en las cuevas naturales e incluso pasar temporadas en las cavernas. Hemos de recordar que algunas personas, en el sudeste de España, viven permanentemente en cuevas de piedra caliza. En la China, también hay campesinos cuyos hogares son poco más que grandes cuevas cavadas en sus campos y cubiertas de tierra. Los neandertales, cerca de 140.000 años antes del hombre moderno, hicieron suyo el espacio de grutas profundas y construyeron en las mismas estructuras complejas.

Gradualmente fueron utilizando las pieles de los animales y las fijaban en un armazón de madera para construir cabañas, ninguna de ellas era ejemplo de verdaderas viviendas permanentes y, mucho menos, ejemplo de una perfecta arquitectura. De hecho, algunos pueblos africanos aún siguen construyendo chozas de ramas cubiertas con hojas.

En el Paleolítico Superior surge el Homo Sapiens, la única especie que aún sobrevive. A él se deben las pinturas que se conservan en una gran caverna, la más importante estación paleolítica de Extremadura: la cueva de Maltravieso¹¹⁸, que por su carácter excepcional hay que destacar.

Las representaciones pintadas son coetáneas a los caracteres pictóricos que se encuentran en otras estaciones con antigüedad superior a los 20.000 años, generalmente francesas y españolas, como Gargas (Hautes-Pyrénées), Les Merveilles, Roucadour, Trois-Frères, Altamira, La Marma, Cudón El Castillo o la Fuente del Salín¹¹⁹. En distintos paneles se ha identificado algunos símbolos (triángulos, serpentiformes, puntos, barras y un pediforme) un zoomorfo naturalista (cierva) y un total de 71 manos hasta el momento, generalmente con la técnica en rojo y en negativo, en menor medida negros y blancos, que se fecha entre el período Auriñaciense y el Magdaleniense, entre el año 30.000 y el 10.000 a. C aproximadamente. La cueva fue descubierta en el año 1951 durante el transcurso de la explotación de una cantera de caliza de donde se extraía la materia prima para los hornos de cal de la ciudad. Ese mismo año el profesor Hernández Pacheco realizó una primera visita a esta cueva¹²⁰. De

¹¹⁷ Vicent, 1988.

¹¹⁸ AlmagroBasch, 1969; Callejo Carbajo, 1998; Callejo Serrano, 1957.

¹¹⁹ Ripoll López, Ripoll Perelló y Collado Giraldo, 1999.

¹²⁰ Jordá Pardo, 1992.

los primeros estudios científicos de este importante hallazgo científico se deben al arqueólogo don Carlos Callejo Serrano en el año 1957¹²¹.



Cueva de Maltravieso

Para nuestro estudio es importante la existencia de estas manos, algunas de ellas cercanas animales que aparecen pintados en la cueva. La cueva era frecuentada por ser un buen refugio cercano al lugar donde cazaban. Allí pasaban un día o más, despiezando las presas, para después irse a otro lugar, porque eran nómadas, pintaban aquello que iban a cazar, y lo hacían pensando que de esta forma la caza les iba a ser más favorable, o abundante. Aunque esta cueva cacereña es un gran contenedor de historia ya que su uso por parte de los seres humanos se prolonga desde hace más de 500.000 años hasta la Edad del Bronce. Sería por tanto un rito propiciatorio de magia. Pero lo más interesante son las representaciones de manos con los dedos incompletos o acortados, que han suscitado varias hipótesis, tales como mutilaciones voluntarias, un origen patológico para justificar la ausencia de falanges de los dedos, motivos mágicos-religiosos como una práctica de duelo, eficacia contra enfermedades y la muerte, ritos propiciatorios¹²².

En la cueva de Altamira (Santillana del Mar), bautizada como "la Capilla Sixtina del arte paleolítico", se han localizado nueve manos que se pintaron en las paredes hace más de 20.000 años.

¹²¹ Callejo Serrano, 1958.

¹²² Sanabria Marcos, 2008.

Sólo una de las manos se hizo mediante la técnica en negativo, que es en la que la mano se apoya en el techo y el pigmento se sopla a su alrededor con un aerógrafo o con el soplido del artista; mientras que con la técnica en positivo se impregna la mano de pigmento y se aprieta contra la roca para dejar la huella nítida. Estas manos tienen una datación anterior a las pinturas de los bisontes¹²³. En lo relativo a las condiciones de vida de los homínidos que frecuentaron la cueva, se han identificado, al menos, cinco derrumbes importantes de la cueva a lo largo de su historia, y en la actualidad se definen varias zonas dentro de ella, siendo las más importantes el vestíbulo y la Sala de los Polícromos: cerca de la entrada es donde sus habitantes pasaban la mayor parte del día, ya que era el único lugar iluminado por la luz del sol¹²⁴. Ahí cocinaban, fabricaban armas y utensilios para su vida diaria. Donde solo se puede acceder con luz artificial, en el interior de la cueva, es donde aparecen decenas de animales salvajes en techos y paredes: caballos, ciervos, jabalíes¹²⁵, ya que también eran capaces de hacer fuego. Los hombres del Paleolítico conocían muy bien los animales que pintaban, ya que vivían de la caza y se pasaban horas observándolos para poder atraparlos y alimentarse de ellos.



Manos en Maltravieso (foto Periódico Extremadura)

¹²³ González Sainz y Ruiz Redondo, 2010.

¹²⁴ Álvarez Fernández, 2001;

¹²⁵ Altuna, 1992.

En Maltravieso, en casi en todas las manos, está ausente el dedo meñique, por lo que no compartimos la teoría de la amputación del dedo meñique mantenida por gran parte de los investigadores precedentes. Más bien como ya intuía el profesor Sanchidrián, hay que hablar de ocultación intencionada de este miembro¹²⁶, y apoyándonos en las investigaciones de Sergio y Eduardo Ripoll e Hipólito Collado, este tipo de representaciones no sugieren en ningún caso amputarse los dedos en un rito, con el fin de propiciar un mayor rendimiento científico, sino un repliegue intencional de los dedos y, de esta forma, tratarse de un código gestual con algún significado cinegético¹²⁷.

En base a la información que confieren los prehistoriadores, sobre nuestros ancestros prehistóricos, en tiempos anteriores al Cuarto Periodo Glacial (Paleolítico) se tenía una vida nómada; el hombre no sentía la necesidad de construir y protegerse por medio de la habitación, debido a que, el continente europeo, disponía de un clima templado. En el Cuarto Período Glacial, la trashumancia y el enfriamiento del clima propició la necesidad del resguardo. Tenemos constancia del peligro al que estaban sometidos los homínidos cuando se refugiaban en las cuevas. De hecho, tenemos constancia del derrumbe del techo de la cavidad en algunas cuevas que han sido estudiadas, tal es el caso de la Gran Dolina (Atapuerca, Burgos), cuevas que en numerosas ocasiones eran utilizadas también por algunos animales durante su hibernación¹²⁸.

En Aragón se encuentra un tercio de todas las pinturas rupestres de estilo levantino encontradas hasta ahora. Estas se ubican ya en abrigos orientados al sur que reciben la luz natural y otros agentes atmosféricos, lo que ha provocado que nos hayan llegado peor conservadas. Numerosos lugares en Aragón guardan estas joyas de la Prehistoria, especialmente la provincia de Teruel; Obón, Alcaine, Alcañiz, Cretas, Alacón o Albarracín¹²⁹. En esta última localidad encontramos unas espectaculares pinturas con algunos aspectos curiosos, jabalíes, cabras, toros y caballos en rojo y negro y aquí está lo extraño de color blanco, únicas en la Península de este color. También se representan figuras humanas más esquemáticas, en escenas de caza.

Por los útiles localizados en las excavaciones arqueológicas tenemos un mayor conocimiento acerca de las condiciones de trabajo, las herramientas que utilizaban. A lo largo de los distintos periodos de tiempo, los cuales hoy en día dividimos en Edad de piedra (*paleolítico, mesolítico y neolítico*)¹³⁰ y Edad de los metales, las herramientas de la Prehistoria se fueron modificando y adaptando al desarrollo evolutivo de la humanidad. Siendo cada vez más sofisticadas y más eficaces en

¹²⁶ Sanchidrián, 1988-89.

¹²⁷ Ripoll López, Ripoll Perelló y Collado Giraldo, 1999. Compartiendo la teoría de Leroi-Gourham (1967)

¹²⁸ Arsuaga y Martínez. 2000; Cervera, Arsuaga, Bermúdez de Castro y Carbonell, 2001.

¹²⁹ Collado, 1999; Martínez Utrillas, 2012; Utrilla Miranda, 2000.

¹³⁰ Podemos destacar los choper y las lascas (Olduvayense); hachas de mano (Achelense); percutor, puntas (Solutrense); punzones, raederas, punta levalloise (Musteriense); azagaya y perforador (Auriñaciense); arpones, hachas pulimentadas (Magdaleniense). El material más destacable del Neolítico lo constituye sin duda la piedra pulimentada. Esta permitía herramientas con formas más definidas, más útiles para cortar, y más resistentes a la abrasión y al desgaste. La arcilla es otro material emblemático, que podía usarse sola o combinada con el mimbre para la confección de vasijas y utensilios. El hueso experimentó un crecimiento notable como material para fabricar útiles, dada la gran disponibilidad que ofrecía la presencia del ganado. Las diversas fibras vegetales disponibles fueron también de utilidad durante este período: mimbre y lino. También se usaron subproductos animales como el cuero y la lana.

sus tareas y, con el fuego, llegaron a desarrollar la capacidad de trabajar metales, dando inicio así, a la *Edad de los metales*.

En el Mesolítico se produjo un cambio climático que hizo aumentar la temperatura de la Tierra, derritiendo parte de los hielos en Europa, Asia y América del Norte. Las grandes extensiones de tundra se convirtieron en bosques, algunos animales se fueron al norte buscando el frío, lo que provocó la escasez de caza. Se produjo un aumento de las especies vegetales en el Próximo Oriente y en Europa (cebada y trigo silvestre), Asia (mijo y arroz) y América (maíz). El aumento de las temperaturas permitió a los humanos instalarse en poblados al aire libre, iniciando así un proceso de sedentarización.



Dólmen de Lácara

El momento relevante de la arquitectura de la Prehistoria, en Europa, se encuentra a partir del Neolítico, al verse invadido por hombres provenientes de Asia; trayendo consigo un nuevo estado social y el conocimiento de la metalurgia. De este período, destacamos las construcciones megalíticas (dólmenes, menhires, tholos...) y ciclópeas (talayots, navetas), donde la masa rocosa –en forma de losa- era la estructura de toda construcción¹³¹. Losas que, en numerosas construcciones, alcanzaban dimensiones de hasta decenas de metros de longitud y varias toneladas de peso.

¹³¹ Benedicto Salas, 2010.

Estas primitivas construcciones, creadas con formas estructurales básicas, fueron muy abundantes en Europa. Países como Francia, Inglaterra y España, poseen un importante legado arquitectónico de aquellos tiempos. En concreto, en España, las construcciones megalíticas se conservan en buenas condiciones en regiones como Extremadura donde las más conocidas son los menhires (monolitos verticales), como el de Gamonal en Badajoz o La Cardencha en Azuaga, y los dólmenes (cámaras de tendencia circular que en los modelos más complejos presentan un pasillo o corredor y una cubierta que originariamente se ocultaban bajo un túmulo de tierra) encontrando la mayor concentración al Oeste de la región en el núcleo Valencia de Alcántara-Sierra de San Pedro; destacando Valencia de Alcántara, San Vicente de Alcántara, Alburquerque, Villar del Rey, La Roca de la Sierra, Aliseda, Malpartida de Cáceres, Arroyo de la Luz, Garrovillas, Cáceres, Carmonita y Mérida (Prado de Lácara, sin duda el más monumental de los dólmenes extremeños), resaltando los importantes *tholoi*, de cámara circular de la provincia de Badajoz. Asociados a estas construcciones han sido descubiertos en las excavaciones arqueológicas un importante arte mueble esencialmente de carácter funerario-ritual: ídolos de alabastro, hueso o pizarra, destacando la necrópolis de La Pijotilla (Almendralejo, Badajoz), de donde procede la más variada colección de ídolos de toda la península.

Recientemente se ha descubierto en el término municipal de El Gordo (Cáceres), a un lado y otro del río Tajo, un dolmen que tiene entre 4.000 y 5.000 años de antigüedad y está construido sobre un asentamiento del Neolítico, popularmente conocido como "Tesoro de Guadalperal"¹³². Este dolmen tiene 26 metros de diámetro, consta de numerosos menhires, trece de ellos de gran tamaño y se calcula que la piedra fue traída desde una distancia de al menos cinco kilómetros, lo que demuestra un gran sentido de organización en la época. Uno de los menhires tiene grabada una serpiente, como un dios protector para guardar la cámara. Estaba situado al borde del río, en el Vado de Alarza, uno de los pocos puntos por donde se podía cruzar el río.



Dólmen de Guadalperal, El Gordo

¹³² González Cordero y Quijada González, 1991.

En los dólmenes se enterraba a los muertos de forma colectiva. Se necesitaba para su construcción la ayuda de la comunidad del poblado, un trabajo que necesitaba esfuerzo. Los bloques se cortaban con ayuda de cuñas de madera empapadas en agua y herramientas de piedra o bronce, después eran arrastrados sobre troncos constantemente lubricados con barro para minimizar el rozamiento. Se levantaban los ortostatos en profundos hoyos cavados en el suelo donde se encajaban e izaban con ayuda de cuerdas y postes. Una vez colocados en su lugar, se aseguraban con postes de madera, rellenando el hoyo con piedras y tierra de la que había sido extraída al practicarlo. A continuación, se rellenaba el perímetro del dolmen (quizá también el interior) con tierra y piedras, asegurando los ortostatos y construyendo una rampa, por la que se arrastrarían las cobijas y se formaba un túmulo circular¹³³.



Detalle de Dólmen de Guadalperal

Desde la intuición histórica, este mismo prehistoriador deduce el proceso constructivo según los vestigios de la incipiente arquitectura, de sus herramientas y de los restos que, a través de los siglos, se han venido conservado; bien enterrados o en las cavernas donde aquellos hombres frecuentaban.

Las losas de piedra se extraían del yacimiento rocoso o cantera, mediante cuñas de madera y, posteriormente, las transportaban con palancas sobre ligeras pendientes o rampas artificiales hasta

¹³³ Wernick, 1975; Castiñeira Morales, López Parra, Mata Comino, Prieto Calonge, 2002.

llegar a su destino; resultando un proceso constructivo con características muy similares en todas las construcciones neolíticas.

Se estima que creaban rampas artificiales a partir de material térreo y revestimiento arcilloso, para mejorar el desplazamiento de estas moles de piedra; salvando las cuestas y la orografía inoportuna del terreno, además de propiciar el desplazamiento por gravedad, logrando un mayor distanciamiento de la cantera respecto al lugar de creación. Por otro lado, el descubrimiento de la palanca permitió alzar las enormes moles, cuando alcanzaban el final de la rampa, al inicio de la siguiente. Herramienta, la palanca, que también se emplearía para poner en vertical las piedras, a modo de pilares, sobre excavaciones previamente ejecutadas, y para posicionar los cierres adintelados que se elevaban sobre esos primitivos pilares.



Altar de La Molineta-Trujillo

Esta metodología hace pensar que tuvieron unas escabrosas condiciones de trabajo en cualquiera de las fases constructivas. Resultando el vínculo trabajo y la pérdida de salud, e incluso con la muerte, más que una evidencia. Partiendo de la idea de que el principal motor de trabajo era la fuerza humana, dotada de unas primitivas herramientas de trabajo para la extracción y transporte de las

pedras, la creación de rampas de gravedad, y las excavaciones y rellenos para el asentamiento y colocación definitiva de las pedras, son elementos que desvelan la impronta de innumerables daños personales, como consecuencia de unas deficientes condiciones de: seguridad (vuelcos, aplastamientos, sepultamientos, sobreesfuerzos, caídas a distinto nivel...), ambientales (temperatura, aire, humedad...), y organizativas (carga física), que, sin duda, debieron repercutir en una elevada tasa de AA.TT y EE.PP. Como consecuencia de ello, “*las condiciones de trabajo de la Prehistoria fueron muy deficitarias, y contaron con cuantiosos riesgos de magnitudes intolerables*”¹³⁴.

Durante el Neolítico el trabajo en común implicaba la creación de poblados rodeados de empalizadas o murallas para protegerse de posibles enemigos. El aumento de la población y las nuevas técnicas llevaron a una mayor especialización en el trabajo y a la aparición de diferencias sociales dentro de la aldea. El hombre ha dejado de ser un depredador más para convertirse en el único ser de la creación capaz de controlar la reproducción de las especies vegetales y animales de las que va tener ya su alimentación. Con la cultura neolítica llegará la agricultura y la domesticación de animales (perro, cerdo, bóvidos y antílopes), teniendo en cuenta que el hombre del Mesolítico pudo haber recolectado las primeras plantas cultivadas, figurando entre ellas la cebada, la escaño silvestre y la estándar silvestre, plantas que aún crecen en las altiplanicies anatólicas y en las estepas y montañas situadas entre Kurdistán y Siria¹³⁵, generalizándose el sistema de poblados estables marcando el inicio del Neolítico, incidiendo en la necesidad de intensificar la producción para unas poblaciones cada vez más numerosas.

Volviendo al recurso de los métodos de datación, la dendrocronología es el método de datación que usa la cantidad, el grosor y la densidad de los anillos anuales de crecimiento de árboles longevos. Los anillos de un árbol de 4900 años, por ejemplo, se usan para crear un "mapa" de crecimiento de troncos de esa especie en particular. Por ejemplo, existen diferentes especies de pinos en Europa, en las zonas de clima templado, el pino tiene un crecimiento anual muy nítido y fácilmente identificable y fue muy usado para construcción de casas y palafitos por las sociedades prehistóricas.

Hace unos 5.000 años empezaron a utilizarse metales para elaborar instrumentos. El desarrollo de la metalurgia comenzó con el cobre, pero este metal era demasiado blando, por lo que más tarde fue sustituido por el bronce (aleación de cobre y estaño). Finalmente se descubrieron las propiedades del hierro, convirtiéndose en el más utilizado para fabricar todo tipo de herramientas, en la Edad del Hierro se produce la plena sedentarización de los grupos humanos, construyendo poblados permanentes y necrópolis, el levantamiento de imponentes sistemas defensivos y, en algunos casos, dan origen a las primeras ciudades (u *oppida*), contando con unos imponentes sistemas defensivos, que incluyen murallas, fosos y campos de piedras hincadas, y un urbanismo complejo¹³⁶. Tenemos ejemplos de algunos grandes *oppida* que llegan incluso a superar en mucho a algunas de las ciudades medievales, ocupando una amplia franja de extensión, desde el centro de Francia, que es su límite occidental, hasta la llanura húngara y Rumania, límite oriental, y desde el sur de Gran Bretaña hasta el

¹³⁴ Gómez Ferreira, 2014.

¹³⁵ Vicent, 1988.

¹³⁶ Rodríguez Hernández, 2017.

sur de los Alpes, tales como Manching (Baviera): 380 Ha, Staré Hradisko (Chequia): 40 Ha o Trísov (Holubov, Chequia): 20 Ha¹³⁷. A través de los sistemas defensivos y, sobre todo, de la cultura material, puede observarse la existencia de intensos contactos a lo largo y ancho de toda la región de los *oppida*, desde la costa atlántica hasta la llanura húngara y desde el sur de la actual Francia hasta la Alemania central. La gente compartía un mismo estilo en sus formas de vestir, como vemos por ejemplo gracias a las fíbulas, las cuentas de pasta vítrea o los brazaletes. Asimismo, utilizaron monedas con imágenes similares y las mismas formas en los recipientes cerámicos, en especial en los de prestigio como los vasos pintados. Todo ello implica la existencia de estrechos lazos y conexiones comerciales¹³⁸. Todos los *oppida* se limitan con una muralla, y cuando crece la población y con ella la ciudad se construirá una nueva muralla, como en el caso excepcional de Segeda¹³⁹ y las grandes ciudades españolas de Cástulo (Linares, Jaén), Basti (Baza, Granada), llegando a contar Numancia con 1500 habitantes¹⁴⁰, la desaparecida ciudad celtíbera que existió sobre el Cerro de la Muela en Garray (Soria), existiendo en ellas una división del trabajo entre sus habitantes. Algunas personas estaban liberadas de las tareas propiamente productivas (ganadería y agricultura), las cuales se dedican a otras como pueden ser la artesanía o el comercio. Adquiriendo la tierra un valor material que antes no tenía.

El descubrimiento del hierro causó un impacto positivo sobre la cultura y la actividad social de las civilizaciones, tales como la fabricación de armas posibilitando la creación de ejércitos mejor equipados; los avances en la agricultura, utilizando picos y puntas de arado que facilitaron la siembra; el crecimiento poblacional favorecido por el comercio y la intensa actividad agrícola y ganadera.

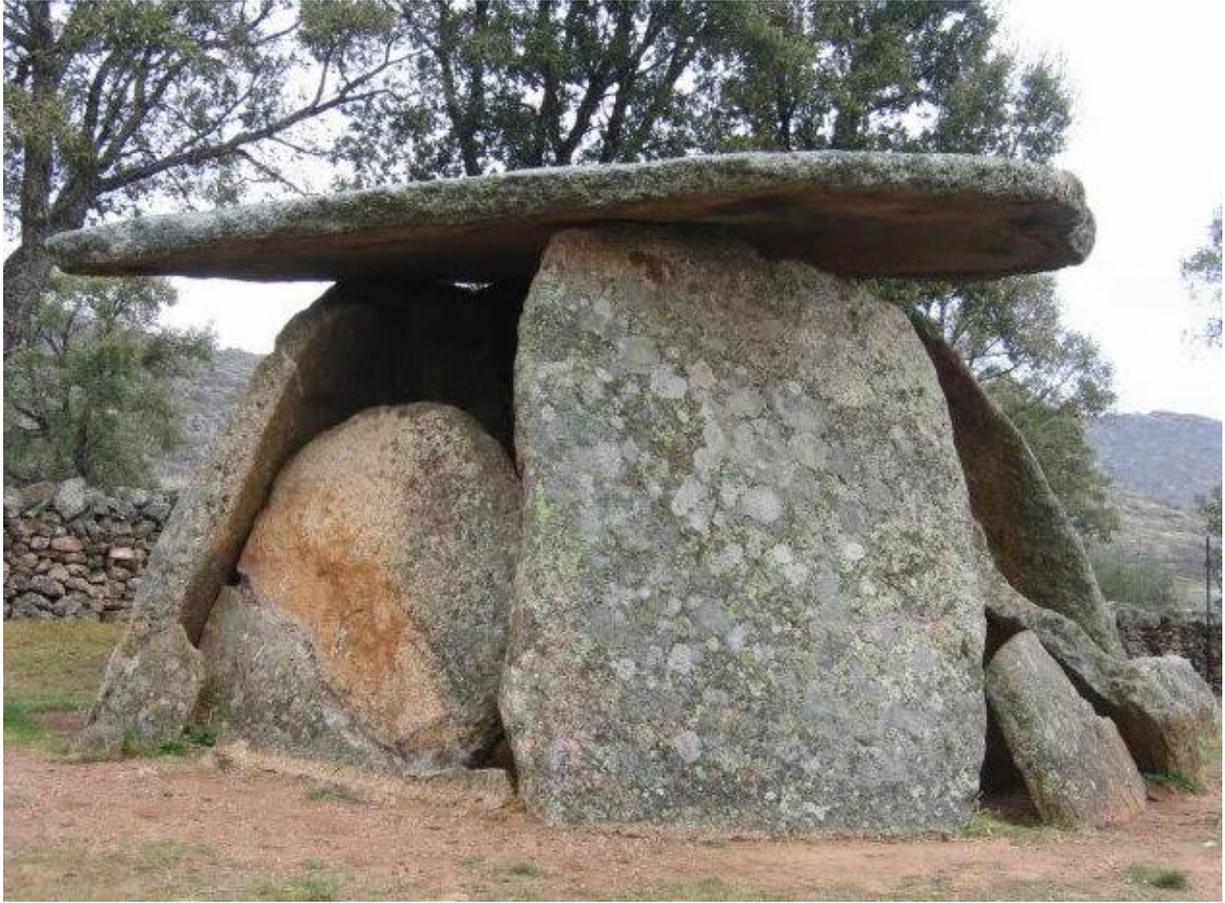
La técnica del hierro les permitió poder tallar las duras rocas para crear peñas sacras para los sacrificios, tronos pétreos, las primeras saunas a los habitantes de la entonces Lusitania en la Edad del Hierro y la existencia de grabados tallados en granito o pizarra que encontramos desde el Calcolítico. Habiendo localizado verdaderos santuarios pétreos en Extremadura en diferentes lugares: Ermita de Nuestra Señora de Altagracia, Garrovillas; Los Barruecos; San Roque (Piornal); Valcorchero (Plasencia); Valdeagudo (Garciaz); Peña Carnicera (Mata de Alcántara); Cancho Penedo (Valencia de Alcántara); Cerro de San Cristóbal (Valdemorales-Zarza de Montánchez); Las Calderonas y La Molineta (Trujillo); Cancho Castillo (Peraleda de San Román); Cancho Torero, Las Canchorras (Ahigal); Sequero (Esparragalejo) o el La Pepina (Fregenal de la Sierra), entre otros.

¹³⁷ Collis, 1984; Cunliffe y Rowley, 1976; Wells, 1988.

¹³⁸ Collis, 1984; Almagro-Gorbea, 2017.

¹³⁹ Burillo Mozota, 2011. Segeda fue un *oppidum* prerromano cuyos habitantes, los belos, lo llamaban Sekaida. Estaba situado en la Comarca de Calatayud, concretamente en la zona correspondiente entre la actual Mara y Belmonte de Gracián. Era la ciudad más importante de los belos y emitió moneda en torno al siglo II a. C.

¹⁴⁰ Capalvo Liesa, 1996; Rojas Zorrilla, 1977; Baquedano, 2017.



Dólmen del Mellizo-Valencia de Alcántara

Podemos poner un ejemplo claro de varios asentamientos explorados y estudiados en la sierra de Santa Cruz, cerca de Trujillo. Concretamente, en el paraje conocido como San Juan el Alto se localiza un impresionante complejo arqueológico nada fácil de comprender a causa de las sucesivas superposiciones de culturas que ocuparon el lugar. Data de la última etapa del Bronce y pervive durante el Primer Hierro a juzgar por los materiales encontrados. De aquí proceden los restos de enterramientos localizados por Mena y se pueden ver a simple vista restos del recinto amurallado, altares de sacrificios, grabados rupestres al aire libre, cazoletas, cerámica y algunos objetos de metal en superficie. Las antiguas murallas se confunden frecuentemente con los muros que han servido para apuntalar el aterrazamiento que a distintos niveles jalonan la Sierra. Se trata de uno de los muchos miradores que en las estribaciones de la montaña se levantan vigilando el camino que transcurría por el llano y que sirvió de refugio a sus moradores.

El poblado se emplaza en una elevación residual que se alza a 453 m. de altitud al suroeste de la población. Su parte superior forma una superficie amesetada con profundos escarpes en buena parte del perímetro. Un poco más abajo las laderas en suave pendiente se aprovechan para pastizal y las terrazas se utilizan para el cultivo de cereales. La vegetación es típicamente mediterránea: abundan las

chumberas, encinas, olivos, almendros, etc. junto con las plantas típicas como la escoba, el codeso y la vegetación fisulírica en la fractura de los bolos que salpican toda la montaña. La caza es muy abundante y existen numerosos manantiales de agua pura y cristalina.

La meseta, que puede llegar a ocupar algo menos de 1 hectárea, se rodeó de una muralla de material granítico aprovechando los afloramientos rocosos, que se convierten en los principales baluartes de la defensa. Los intersticios entre los enormes bolos se cierran con grandes bloques del mismo material arrancados de las canteras próximas que conservan todavía los restos de su extracción. Buena parte del paramento se ha derrumbado y forma grandes acumulaciones de piedras soterradas en las laderas al pie del yacimiento que llegan a alcanzar espesores considerables. La muralla exterior se adapta a la orografía del terreno y bordea todo el perímetro de la meseta. La potencia de la fortificación se incrementa en las zonas más desprotegidas situadas al suroeste y al norte y disminuye donde las defensas naturales son más acusadas.

La técnica constructiva de la muralla es muy simple y consiste en grandes bloques de granito bastante irregulares puestos en vertical y aparejados en seco que se calzan con piedras de menor tamaño para estabilizar la construcción. En el interior, un relleno de cascote y tierraconsolida el muro con el plano inclinado de la montaña. En algunos tramos el paramento presenta una forma ataludada que llega a alcanzar varios metros de altura. Destacan cuatro orificios cuadrados practicados en la roca, seguramente para la colocación de una empalizada. Los accesos al interior del recinto se sitúan en los flancos Sur y Sureste, observándose claramente un vano de 1 m de luz en el flanco sur de la muralla y los derrumbes de otro similar en el lado opuesto.

Las características del complejo defensivo y sus sistemas constructivos son muy similares a las que se pueden observar en otros poblados datados en esta época, como los de El Risco (Sierra de Fuente), Los Castillones de Araya (Garrovillas), La Cabeza del Buey (Santiago de Alcántara), Virgen de la Cabeza (Valencia de Alcántara) o el de La Muralla (Valdehúncar).

El yacimiento de San Juan el Alto forma parte de un poblamiento caracterizado por ocupar lugares estratégicos en los rebordes montañosos de la Penillanura cacereña. Son poblados situados en altura que están en la cercanía de las rutas naturales, ya sean fluviales o terrestres, que atraviesan la región. Desde la seguridad de sus atalayas los lugareños controlaban el trasiego de personas, mercancías y ganados que por estos caminos transitaban.

La mayor parte de estos poblados han sido arrasados con el paso del tiempo y casi ninguno conserva vestigios identificables del hábitat originario. Tampoco en San Juan el Alto se aprecian restos de cabañas, pero hemos de suponer que las viviendas se distribuirían de forma dispersa y sin ningún tipo de organización a lo largo y ancho de las plataformas que delimitan los grandes bolos de granito. Frecuentemente se recurre a cerrar los espacios entre los bolos próximos con muros de piedras para formar la vivienda y algunos de ellos presentan grandes oquedades que han podido ser utilizados como abrigos. Este mismo sistema de hábitat se puede observar en el poblado de Cabezo de Araya, donde los grandes bloques de granitos han sido horadados por la erosión formando amplios abrigos que sirvieron de vivienda a los lugareños. En uno de estos abrigos apareció el famoso depósito que contenía un

conjunto de piezas metálicas de la última etapa de la Edad del Bronce¹⁴¹. En el Risco de Sierra de Fuentes¹⁴², único yacimiento de la zona excavado donde se han conservado fondos cabañas, la planta era oblonga. La construcción arranca directamente de la roca madre sin ningún tipo de cimentación, a lo sumo se aplanaba el terreno y se desbastaba la superficie de la roca para colocar las primeras hiladas. A continuación se levantaba el muro sin argamasa y se cubrían los huecos con barro. La estructura se remataba con una cubierta vegetal compactada con pellas de barro.

Este tipo de hábitat es muy característico de la última etapa del Bronce y se mantiene durante la I Edad del Hierro en Extremadura, momento en que empieza a dejarse sentir la corriente Orientalizante que puso en contacto todo este mundo indígena con las culturas avanzadas del Mediterráneo a través de Tartesos. Desde el sur irá penetrando en la región, transformando la vida y las costumbres de los lugareños que adoptarán, entre otras muchas innovaciones, las nuevas técnicas constructivas, entre las que se encuentra la planta rectangular de las viviendas.

Gran trascendencia tiene el hecho de que sea precisamente en este poblado donde a mediados del siglo pasado se descubriera un conjunto de materiales procedente de un enterramiento de incineración que podría fecharse a finales del siglo VIII o comienzos del VII a. C.

El hallazgo fue realizado por un agricultor de la localidad, Timoteo Rodríguez Ávila, mientras araba la tierra del olivar. En un momento de su labor debió enganchar con la reja uno de los recipientes y se decidió a excavar más detenidamente con la azada lo que allí había. Sin muchos miramientos destrozó el mayor de los tres recipientes cerámicos encontrados, que ya estaba roto y en posición inclinada. El plato que la cubría estaba desplazado y la tierra había penetrado en la urna mezclándose con los restos óseos del interior. Junto a ella se disponían dos recipientes de cerámica de menor tamaño, que también resultaron dañados, y una figurilla de arcilla en forma de pájaro. Estos dos últimos vasos fueron depositados en el Museo de Cáceres, pero de la urna, el plato que la cubría y la figura de arcilla nada se sabe, aunque existen fotografías de esta última y de la urna reconstruida por el propio Mena, quien dio a conocer el conjunto. La urna de mayor tamaño estaba elaborada a torno con paredes más finas que los dos vasos restantes. El segundo de los recipientes tiene panza ovoide que a partir de un acentuado bisel remata en un gran cuello con forma acampanada. Presenta una decoración a base de cuatro bandas paralelas de engobe rojo, la superior más ancha que las restantes. Un tercer vaso, también fabricado a torno como los anteriores; tiene forma globular con cuello menos acentuado y va decorado con tres bandas del mismo engobe rojizo.

Estas cerámicas tienen un origen fenopúnico y deben proceder de algún taller del Bajo Guadalquivir¹⁴³ llegadas a la zona no como un mero intercambio sino más bien formando parte del ajuar de una joven que fue entregada en matrimonio a uno de los jefecillos del lugar para introducir

¹⁴¹ Almagro Basch, 1961.

¹⁴² Enríquez Navascués, Rodríguez Díaz y Pavón Soldevilla, 2001.

¹⁴³ Esta es la opinión de la citada profesora, quien localiza los paralelos más cercanos en la necrópolis de Setefilla (Lora del Río) y en la de la Joya (Huelva). Véase respectivamente: Aubet, 1975; Aubet, 1981; Orta y Garrido, 1963.

relaciones de amistad que garantizaran los intercambios económicos entre la región, rica en metales, y el poblado de origen de la dama¹⁴⁴.

En San Juan el Alto nos encontramos con un complejo arqueológico¹⁴⁵, a los 39° 20' 10,16'' Latitud Norte, 5° 50' 11,22'' Longitud Oeste, meridiano de Greenwich, desde esta zona se domina la llanura trujillana hacia el norte y la depresión del Guadiana, hacia el sur. Se halla el yacimiento en una zona estratégica, disfrutando al mismo tiempo de las ventajas que ofrecen la montaña y el llano. Aquella le protege de los vientos fríos del norte y de los posibles ataques de cualquier enemigo inesperado, y ofrece a sus habitantes refugio seguro en caso de peligro, ya que pueden encontrar con facilidad agua y pastos para los ganados a lo largo de todo el año. El llano, por su parte, por su disposición tierras aptas para el cultivo. Nada más acceder al poblado, una vez traspasada la muralla circundante, nos encontramos con un fechable presumiblemente en el segundo milenio a. C. Se trata de una plataforma o bloque residual sobreelevado ubicado en la zona sureste, a 453 metros de altitud destacando sobre el terreno; dicha altura proporciona al Castro una posición estratégica acentuada, aprovechando la defensa natural que le proporciona este relieve de Sierra. Esta plataforma se sitúa en una de las entradas del poblado con orientación NW-SE, es una estancia parcialmente excavada en la roca de planta rectangular con dos accesos, por el sureste y el oeste. Las paredes se conservan en algunos puntos hasta una altura de 2 m. El espacio del santuario se cierra con sillares de fábrica tosca que se ven desparramados por los alrededores.

Este santuario se asocia a una gran peña en la que se cayó un altar en uno de los lados de la cara que mira al norte se labraron dos escalinatas paralelas que conducen a la superficie plana con dos cavidades comunicadas entre sí. Tiene un espacio rectangular que mide 4 x 2 m y dos escaleras amplias (70 x 50 cm y 60 x 10 cm, respectivamente). La plataforma mide 4,50 m x 2,40 m. presentando otras dos escaleras de forma casi circular (24 x 40 cm) y dos cubetas. En este lugar se realizaría algún ritual, posiblemente incineración de animales o expuestos al aire libre. A 7 metros de la plataforma ritual citada encontramos un altar de la Edad del Bronce Final. Mide 3,30 m x 2,10 m. presenta 3 orificios o cubetas en la zona superior (90 x 60 cm, 60 x 37 cms y 50 x 40 cm. el ara que vierte por un canalillo, con orientación NW-SE.

En la base del santuario hay una concavidad producida por la erosión del granito, con una angosta entrada, cuyo interior ha sido un importante metamorfismo (metablastos de ortosa) formando hoyos de 10 cm de diámetro. El sacrificio tendría lugar en la zona superior del santuario. Mientras que las entrañas de las víctimas se quemaban en las cubetas citadas y la sangre vertía en otras similares, al tiempo que se rendía culto a las divinidades, alguna de ellas indígenas. El sacrificio comprendía varias fases; se trataría de un ritual de iniciación ofrecía un orden y un itinerario determinado, realizándose en lugares distintos, y que forzosamente hay que realizar con la variada morfología de estos monumentos. Hemos de tener muy en cuenta la coincidencia de la orientación del altar con la cumbre alta, podría no

¹⁴⁴ A. M^a Martín Bravo, 1999, 9. Las mismas circunstancias parecen coincidir en una tumba procedente de El Carpio del Tajo (Toledo), véase: Ruiz-Gálvez Priego, 1992.

¹⁴⁵ Esteban Ortega, Ramos Rubio y De San Macario, 2014.

ser casual y estar intencionadamente buscada en asociación con algún fenómeno celeste de conocimiento ya en la Edad del Hierro. Entre ambos conjuntos hay una cantera.

Estos santuarios están ubicados dentro de una zona ritual rodeados por una muralla construida por la superposición de bloques de granito; las de mayor tamaño se colocaron en las caras exteriores del muro, utilizando las más pequeñas para acuñarlas. El interior presenta un relleno de piedras más pequeñas colocadas sin forma determinada alcanzando un espesor de 1,50 m en algunas zonas del recinto, encontrándonos en la zona Este paramentos contruados en talud llegando a alcanzar la muralla una altura de 5,78 m. mientras que en el extremo Norte (que mira a la población de Santa Cruz de la Sierra) se construyeron rectos y, destacamos cuatro orificios cuadrados practicados en la roca para la colocación de una empalizada. Los accesos al interior del recinto se sitúan en los flancos Sur y Sureste. Observándose claramente un vano en el flanco sur de 1 m de luz en la muralla, que lleva una anchura de 1,30 m en el lado opuesto se observa los derrumbes de otro más pequeño. Predomina el granito de grano grueso y leucogranito, presentando un grano cuyo grosor está entre 5 mm. y 3 cm. Se trata de granitos de dos micas y muy ricos en moscovitas.

El complejo sistema defensivo es característico de una etapa que va de finales del Bronce al Hierro Inicial, por lo que nos permite señalar que fue en ese periodo de transición entre una y otra fase cuando se construiría. El material arqueológico es muy escaso en el poblado los únicos indicios de viviendas son algunos pequeños fragmentos de adobes.

Al lado de un gran bala granítica, a escasos 200 metros del altar citado anteriormente hay otro santuario que presenta al suroeste cuatro escaleras en reducción según ascendemos al ara que van de 70 cm. a 40 cm. y, dos escaleras más con forma cuadrangular que miden 30 x 20 cm. En la zona superior se encuentra el ara (70 x 30 cm). A estas formas habría que unir las cercanas extensas lanchas –bien trabajadas– y amplios “domos”, donde se retiene el agua de lluvia generando erosión por disgregación granular y encontrando en varios lugares escaleras practicadas en la roca que permiten acceder a los distintos lugares del asentamiento.

Fuera de todo el recinto amurallado, en el extremo norte (que mira a la población de Santa Cruz) encontramos en un peñasco que forma parte del bloque amurallado dos grabados, un soliforme con seis puntuaciones o caviñas rodeando una central. Y, a escasos metros, siete haces de líneas o barras verticales. Al problema de la identificación de lo representado se añade el no menos importante de su representación, realizada desde nuestra perspectiva, que evidentemente no tiene por qué coincidir con la de otros autores. Nos encontramos ante dos asociaciones aparentemente simbólicas elaboradas mentalmente, con las que tratarían de expresar o comunicar ideas a modo de códigos de comunicación mediante una sencilla técnica y utilizando la piedra como soporte y, teniendo muy en cuenta la primitiva elección del asentamiento.

La estructura de puntos consigue reflejar la misma idea que el petroglifo tipo “círculo trazado mediante puntos”, o que el tipo “caviña central rodeada por línea circular, seguida de anillo de caviñas rodeadas de línea circular”. Algunos autores consideran que puede tratarse este tipo de símbolos pétreos de una escritura ógmica, habiéndose encontrado piedras similares en Puerto de Santa Cruz,

Abertura, Villamesías y en la misma Sierra de Santa Cruz¹⁴⁶. No es de extrañar, por tanto, que el estudio de cazoletas y piletas sea una fuente constante de polémica entre los diversos investigadores que se han atrevido a abordarlo, que suelen llegar a conclusiones difícilmente concluyentes - condicionadas por el propio tema de trabajo y su problemática-. Y pese a que este tipo de conjuntos rupestres están documentados en numerosas áreas de la Península Ibérica, incluido el Bajo Aragón, y a que no son pocos los estudios existentes sobre los mismos que han proliferado notablemente en los últimos años, todavía careceremos de un estudio global que permita establecer tipologías, relacionar los emplazamientos de cazoletas y canalillos con sus distintas funcionalidades, o comparar cronologías y paralelos etnográficos.

La posible comparación entre todas estas manifestaciones rupestres con los epígrafes de Irlanda y Gran Bretaña realizados en auténtica escritura ógmica, evidencia hasta qué punto resulta fantástica esta interpretación de las cazoletas documentadas en España. La disimilitud es tan evidente que obliga a descartar definitivamente la consideración de rayas, cupuliformes y canalillos como evidencias de una escritura secreta y perdida utilizada por los sacerdotes indígenas que habitaban la Península Ibérica en época antigua. Por tanto, el término escritura ógmica sólo puede aplicarse al sistema alfabético de escritura vigente en el ámbito insular entre los siglos IV-IX d.C., del que se conocen numerosas inscripciones realizadas sobre grandes bloques de piedras destinados a servir de estelas para marcar las tumbas y recordar al allí enterrado y su filiación, y que nada tienen que ver ni formal ni conceptualmente con las cazoletas hispanas. Otras han sido interpretadas como representaciones astronómicas o siderales, e incluso algunas han sido vinculadas al control del tiempo y el calendario.

La curiosidad humana con respecto al día y la noche, al Sol, la Luna y las estrellas, llevó a los hombres primitivos a la conclusión de que los cuerpos celestes parecen moverse de forma regular. La primera utilidad de esta observación fue, por lo tanto, la de definir el tiempo y orientarse. Para los pueblos primitivos el cielo mostraba una conducta muy regular. El Sol que separaba el día de la noche salía todas las mañanas desde una dirección, el este, se movía uniformemente durante el día y se ponía en la dirección opuesta, el oeste. Por la noche se podían ver miles de estrellas que seguían una trayectoria similar.

En las zonas templadas, comprobaron que el día y la noche no duraban lo mismo a lo largo del año. En los días largos, el Sol salía más al norte y ascendía más alto en el cielo al mediodía. En los días con noches más largas el Sol salía más al sur y no ascendía tanto. Pronto, el conocimiento de los movimientos cíclicos del Sol, la Luna y las estrellas mostraron su utilidad para la predicción de fenómenos como el ciclo de las estaciones, de cuyo conocimiento dependía la supervivencia de cualquier grupo humano. Cuando la actividad principal era la caza, era trascendental predecir el instante el que se producía la migración estacional de los animales que les servían de alimento y, posteriormente, cuando nacieron las primeras comunidades agrícolas, era fundamental conocer el

¹⁴⁶ La escritura ógmica aparece en Irlanda entre los siglos VII y IV a. c. Hay quienes interpretan las cazoletas como signos pertenecientes a la escritura ógmica o hemisférica, un sistema secreto de escritura supuestamente empleado por los sacerdotes de los pueblos indígenas de la Península Ibérica. Esta teoría fue introducida en España por el inglés J. H. Rivett-Carnac en 1902, y rápidamente ganó adeptos entre los investigadores españoles como M. Roso de Luna, que interpretó así las cazoletas documentadas en Extremadura. Roso de Luna, 1902.

momento oportuno para sembrar y recoger las cosechas. La alternancia del día y la noche debe haber sido un hecho explicado de manera obvia desde un principio por la presencia o ausencia del Sol en el cielo y el día fue seguramente la primera unidad de tiempo universalmente utilizada.

Debió de ser importante también desde un principio el hecho de que la calidad de la luz nocturna dependiera de la fase de la Luna, y el ciclo de veintinueve a treinta días ofrece una manera cómoda de medir el tiempo. De esta forma los calendarios primitivos casi siempre se basaban en el ciclo de las fases de la Luna. En cuanto a las estrellas, para cualquier observador debió de ser obvio que las estrellas son puntos brillantes que conservan un esquema fijo noche tras noche. Los primitivos, naturalmente, creían que las estrellas estaban fijas en una especie de bóveda sobre la Tierra. Pero el Sol y la Luna no deberían estar incluidos en ella.

Del Megalítico se conservan grabados en piedra de las figuras de ciertas constelaciones: la Osa Mayor, la Osa Menor y las Pléyades. En ellos cada estrella está representada por un alvéolo circular excavado en la piedra. La literatura vertida sobre estas combinaciones circulares que tienen un contenido simbólico es abrumadora. Su amplia difusión en Europa y la existencia de figuras semejantes en América y Asia, así como su datación desde la Edad del Bronce en el área del Oriente Próximo hasta tiempos relativamente recientes en otras zonas, nos ponen ante un símbolo universal de significado posiblemente diferente según el lugar y la época en que se inscriba. Temática característica que nos muestra un mundo simbólico muy intrincado, producto de una sociedad compleja. La carencia de información objetiva sobre aspectos tan básicos como las características fundamentales de la sociedad de la Edad del Bronce nos impide todo intento serio por abordar de forma coherente un tema imprescindible, constatando la relación directa entre las rocas con grabados y el hecho de que desde ellos se contara con una amplia perspectiva visual sobre terrenos muy aptos para sustentar pastos naturales, reduciendo la existencia del pastoreo, su relación con los grabados y su elevado grado de incidencia en el régimen económico de la comunidad humana que aquí se estableció, dotada de un cierto grado de organización social en una fase transicional Bronce-Hierro. Lo que sí está claro es que el arte rupestre está muy lejos de constituir una mera manifestación estética, en él subyace un fuerte componente simbólico que es fiel reflejo de la existencia su alrededor de un mundo espiritual relativamente complejo, en el que por fuerza habrían de jugar un papel importante ciertos individuos destacados que detentarían un mayor o menor grado de poder ideológico y material, al estar en posesión de las claves necesarias para interpretar el universo simbólico representado en los grabados. Podemos agrupar este tipo de grabados a las formulaciones teóricas de lo que se ha dado en llamar *Arqueología del Paisaje*, pues consideramos que nos encontramos ante un paisaje ritual, empleando la hipótesis cronológica tradicional –lo que nos dificulta una adecuada contextualización, cosa que nos preocupa en exceso pudiendo adaptar modelos teóricos procedentes de la órbita anglosajona, entendiendo la mayor parte de los petroglifos como una forma de apropiación simbólica del espacio por comunidades humanas en zonas muy concretas donde se produciría cierta competitividad por el acceso a determinados recursos. Ubicando los grabados a finales del Bronce, y permitiendo integral del fenómeno dentro de un contexto histórico específico: exactamente el mismo que la investigación arqueológica apunta a los primeros tiempos de la introducción de la metalurgia en esta zona, una época caracterizada por la apertura de este asentamiento exterior, por un dinamismo económico y un

crecimiento demográfico derivados de la intensificación agropecuaria, y por el inicio de una acusada tendencia hacia la aparición de formas de organización social complejas, una hipótesis que planteamos al observar la presencia de múltiples asientos practicados en la roca teniendo que ver con el nuevo orden social, como un instrumento para la difusión y la reproducción del dominio de clase, naturalizado una representación de la realidad caracterizada por la presencia social del varón y el poder individual.

Frente a este conjunto pétreo se encuentra un elemento grabado sobre un canchal granítico o asiento muy bien tallada en la roca con una orientación y una configuración del paisaje totalmente diferente. Probablemente estemos ante un altar de ofrendas que podemos asociar a los grabados localizados en esta zona o apuntamos también la posibilidad de que se trate de un *nemeton* o altar de sacrificios de origen vetón, por sus similitudes con otras construcciones como los santuarios. Fuera de la muralla nos encontramos con otro asiento de las mismas características, cercano a restos de una vivienda.

En la explanada del Risco Chico, con una superficie de unos 7.000 m², en Santa Cruz de la Sierra, se encuentra un interesante e inédito altar en las coordenadas 39° 19' 31" N y 5° 50' 40" O. próximo a la muralla. Por detrás de esta peña sacra, a escasos 20 metros al oeste, se encuentra la conocida como Cueva del fraile en las coordenadas 39° 19' 31" N y 5° 50' 41" O. El espacio ritual se localiza en una pequeña elevación del terreno, dominando una amplia zona salpicada por otros bolos de granito. Uno de estos bolos fue utilizado como altar de sacrificios. Tiene forma trapezoidal, más ancho en la parte superior y estrecho en la inferior. Con una orientación Este-Oeste, mide 235 cm de alto por 132 cm de ancho y tiene un perímetro de 8 m. El ara se ubica en la parte superior y consta de una superficie cóncava de 36 x 27 cm. Se accede a él a través de una escalinata formada por cuatro peldaños irregulares y de dimensiones variables que oscilan entre 28 y 51 cm de ancho.

En la llanura nos encontramos con el altar del Risco Grande, en el que podemos encontrar una gran lancha granítica de unos 30 m², con numerosas cazoletas y un grabado de una cruz sobre calvario. Tras cruzar este cancho, y siguiendo el sendero zigzagueante, recorreremos dirección norte 300 metros hasta llegar al citado altar. Recorriendo este sendero, podemos observar en el suelo numerosas tumbas pertenecientes al cementerio de época musulmana que aquí se localiza, así como algunas construcciones con material de acarreo. Por los alrededores existen dos lagaretos para la obtención de aceite por presión así como algunos sillares y restos de extracción de ellos en las rocas circundantes.

Si retomamos nuestros pasos sobre el sendero en dirección sur, encontramos una bifurcación que nos conduce a Risco grande, y a los restos de la ermita de San Gregorio, donde se ubica el aljibe de época musulmana. A 150 metros del inicio de la subida, en un lateral del sendero, donde se construyó una torre del complejo defensivo musulmán, se halla un curioso grabado antropomorfo de más de 1 m², de características tipológicas y estilísticas similares al de la machorra de la muerte; desde la explanada donde se sitúa se tiene una perfecta visión del cancho de la iglesia así como de la zona del mencionado altar. Coronando la cima encontramos en la base del peñasco donde se construyó el aljibe y se situó la ermita, existen numerosas cazoletas y algunos grabados cruciformes.

En las coordenadas 39°19'11.56" N, 5°50'46.98" O, 840 m altura en el Risco Grande del Pico de San Gregorio, en el punto más alto de la Sierra, destacamos una estructura con peldaños bien tallados y definidos, se trata de un altar de la II Edad del Hierro¹⁴⁷.

La peña sacra consiste en un gran bloque granítico de forma trapezoidal que forma parte del espolón rocoso en cuya parte superior se sitúa el vértice geodésico. Tres escalones regularmente tallados permiten el acceso a una plataforma en la que se ha practicado una cazoleta circular (12 x 12 cm.), así como a una segunda plataforma artificialmente allanada a la que se accede mediante tres oquedades o cazoletas (5 x 7 cm.), con orificios para la salida de sangre de las víctimas o de animales.

Escasos datos tenemos sobre la religión de la gente de la zona es un maremagno de noticias procedentes de las fuentes grecorromanas, escritas por autores que no siempre conocieron de primera mano la realidad de los pueblos que entraron en contacto con Roma. Si por algo se caracterizan es por su parcialidad, por la falta de rigor y la superficialidad con que se describen costumbres, rituales, creencias, etc., frecuentemente aplicadas a pueblos muy diferentes, cada uno con su propia personalidad.

Afortunadamente contamos con otras fuentes más objetivas, como la Arqueología y, sobre todo para la zona que nos ocupa, la Epigrafía. Si bien la documentación epigráfica se refiere a un momento tardío cuando Roma estaba transformando la mentalidad de los indígenas, los datos que suministran, aunque parciales, son mucho más objetivos y, sobre todo, el relato viene de la mano de los propios autores. Aunque la misma costumbre de erigir un ara a una determinada divinidad o levantar un pequeño receptáculo para su culto supone ya un cambio en las ceremonias de los rituales ancestrales, al menos conservaron sus antiguos dioses, muchos de cuyos nombres conocemos solamente por la epigrafía. La cantidad de teónimos documentados demuestra, desde luego, que era un panteón muy poblado; un mundo celeste habitado por divinidades de todo tipo relacionadas con el mundo astral, las fuerzas de la naturaleza, las aguas, las montañas, los bosques, los animales, protectoras de comunidades, benefactoras, salutíferas, etc. En definitiva, una religión ancestral basada en la creencia de unos espíritus que animan a todas las cosas.

Las inscripciones nos hablan de las divinidades que adoraban, aunque, generalmente, desconocemos los atributos que las caracterizaban y la funcionalidad que desempeñaban. Frecuentemente tenemos que recurrir a la etimología de los teónimos para poder descubrir la esencia de la divinidad, con los problemas que ello conlleva; y, las más de las veces, escapan a nuestra comprensión. A partir de los textos de los epígrafes conocemos también el nombre de los devotos y a través de ellos la condición social de los mismos. Los soportes informan del tipo de invocaciones y del lugar en el que pudieron realizarse las ceremonias rituales. En definitiva, unos datos vitales para, al menos, acercarnos a comprender el mundo de la religiosidad indígena.

¹⁴⁷ Correia Santos, 2010; Correia Santos, 2015.

Entre este elenco de divinidades unas parecen representar un papel más relevante que otras y mientras unas cuentan con numerosos testimonios epigráficos y extienden su culto por áreas más amplias, otras solo cuentan con uno o varias inscripciones localizadas en una zona muy limitada. Entre las divinidades documentadas en territorio turgaliense contamos con: *Bandia*, *Aervina*, *Nabia*, *Reve*, *Salamati* y *Ataecina*. La zona de la Sierra de Santa Cruz debía de estar profundamente romanizada pues la única divinidad indígena documentada es *Turculla*, cuyo radical es el mismo que el del topónimo *Turgalium*. El teónimo está atestiguado en una inscripción, hoy perdida, que en el siglo XVII se encontraba empotrada en la puerta principal de la casa parroquial¹⁴⁸.

Los lugareños adoptaron las costumbres romanas y aceptaron la nueva religión, aunque el culto a los antiguos dioses pervivió a través de procesos de sincretismo, que consiste en identificar a sus divinidades ancestrales con aquellas del panteón romano que tenían las mismas o parecidas funcionalidades y atributos. Este sería el caso de una inscripción de Santa Cruz en la que se invoca a Luz Divina, una divinidad romana de naturaleza astral que, a juzgar por la procedencia indígena del devoto (Abruno), parece esconder una divinidad indígena cuyo nombre desconocemos. Otra invocación a esta misma divinidad se encuentra en un ara que está empotrada en la pared exterior de la capilla de San Antonio, aunque en este caso el devoto es un individuo con denominación romana, Publio Helvio Céler.

Pero la religión romana se impone en el entorno de la Sierra de Santa Cruz, como lo demuestra el hecho de que la mayor parte de las invocaciones documentadas corresponden a dioses romanos. La divinidad romana más frecuentemente invocada aquí es el propio rey del Olimpo, Júpiter, que cuenta con cuatro testimonios epigráficos. Tres de ellos proceden de Santa Cruz de la Sierra, en los que el rey del Olimpo aparece con formas diferentes. Otros teónimos que completan el elenco de divinidades romanas en territorio turgaliense, pero que no aparecen en estas dos localidades, son: Hércules, Mercurio, Marte, Salus, Lares, Liber Pater y Líbera, Luz Divina y Bellona.

Las principales actividades económicas en estos poblados siguieron siendo la agricultura y la ganadería, pero la utilización de herramientas hechas con metales (azadas, hoces, arados) y la mejora de las técnicas agrícolas hicieron el trabajo más eficiente, permitieron el aumento de la producción y de la población y el desarrollo del comercio. A esto contribuyó decisivamente la rueda, que facilitó el desarrollo del comercio y una mayor estratificación social.

En la Edad de los Metales surgieron las primeras formas de organización política, en la que pocos gobernantes ejercían su influencia religiosa o su poder militar. Además, la necesidad de materia prima para la elaboración de utensilios provocó un aumento del intercambio de productos (trueque) y el enriquecimiento de algunos provocó un aumento en la demanda de joyas prerromanas, obras maestras en el campo de la orfebrería del Bronce Final, como las joyas fenicias de Cádiz o los tesoros del Cortijo de Évora, Carambolo (Camas, Sevilla), Aliseda, Serradilla, Berzocana y Valdeobispo (Cáceres) o Sagrajas (Badajoz) y justificado por la abundante mineralización de algunas zonas, en

¹⁴⁸ Esteban Ortega, 2012.

especial de estaño y oro en la penillanura cacereña. Se trata de piezas muy refinadas que incorporan técnica como la filigrana, combinadas con motivos geométricos, vegetales y figurativos.

Unidos a los cambios en la división del trabajo y a la propiedad privada comienzan a distinguirse grupos sociales, encontrando ya una vida comunitaria y verdaderos poblados con los vettones que fueron los pobladores prerromanos de cultura celta que habitaron un sector de la parte occidental de la Península Ibérica y que compartían un denominador más o menos común. Su asentamiento tuvo lugar entre los ríos Duero y Tajo, principalmente en el territorio de las actuales provincias españolas de Ávila, Salamanca y Cáceres.



Cancho Roano-Zalamea de la Serena. Foto Chema



Detalle de Cancho Roano. Foto Chema

Cerca de Zalamea de la Serena nos encontramos con un singular edificio protohistórico: Cancho Roano, que empezó a construirse en el siglo VIII a. C, aunque lo que hoy puede verse corresponde en su mayor parte a la fase final realizado en el siglo V. Es un palacio-santuario de planta cuadrada y está rodeado de un foso¹⁴⁹. Sobre un podio de grandes piedras se distribuyen varias estancias, de paredes de adobe. Lo circunda, entre el edificio principal y el foso, una construcción perimetral dividida en pequeñas habitaciones, que servía, a su vez, de cierre de la construcción. Allí se han encontrado numerosas herramientas como para construir la vida diaria de la comunidad que habitó este conjunto del Periodo Orientalizante Peninsular: arreos de caballo, estatuilla de caballo, un juego completo de vasos y recipientes para banquetes señoriales con vino, herramientas de trabajo de hierro, pesas, marfiles y joyas¹⁵⁰. En la necrópolis de Medellín fue descubierto un *kylix* ático (Museo Arqueológico Nacional) del pintor Eucheiros, fabricado en Atenas¹⁵¹. Un ejemplo claro del intenso desarrollo del comercio. Desde fines del siglo VII a.C. el sur de la península ibérica será frecuentado por los comerciantes griegos. Su objetivo fundamental es la plata de Tartessos. Huelva es el principal punto de interés griego durante el siglo VI a.C., pero también establecen relaciones de intercambio con los fenicios de la costa sur mediterránea y con el gran centro comercial de Gadir.

¹⁴⁹ Jiménez Ávila, 2012; Celestino Pérez, 1995.

¹⁵⁰ Celestino Pérez, 1993; Celestino Pérez, 2003.

¹⁵¹ Olmos, 197.

La cultura material hallada en otros yacimientos extremeños como *La Coraja* (Aldeacentenera) o *Villasviejas del Tamuja* (Botija)¹⁵² es muy similar a la de los poblados célticos (vettón) de la Beturia y el Alentejo, como *Capote* o *Belén* (quizá con un porcentaje mayor de materiales «turdetanos», comprensible por su situación cercana a la «Vía de la Plata»).

Es interesante comprobar que en dichos castros parece documentarse un tipo de casa de planta cuadrangular dividida, internamente, en dos por un tabique, medianil, o por un banco, en esquema coincide con el de *Capote*, como concuerdan sus complejos sistemas defensivos, con fosos y bastiones, que consideramos de inspiración helenística¹⁵³.



Castrejón de Capote-Higuera La Real

¹⁵² Ptolomeo también menciona *Capera*(Cáparra), *Lacimurga*(Orellana la Vieja-Navalvillar de Pela), *Deobriga*(Alcántara) y *Augustóbriga*(Talavera la Vieja), pertenecientes a la actual Extremadura. Nos ofrece a mediados del siglo II los nombres de 11 ciudades de adscripción vetona: *LanciaOppidana*, *Cottaobriga*, *Salmantica*, *Augustobriga*, *Ocelum*, *Capara*, *Manliana*, *Laconimurga*, *Deobriga*, *Obilay Lama* (cerca de Plasencia).

¹⁵³ Berrocal-Rangel, Celestino, Enríquez, 1995.



Villasviejas del Tamuja-restos del poblado. Foto Florián Merino



Detalle de los bastiones de Villasviejas de Tamuja



Muros ciclópeos del poblado de Villasviejas del Tamuja



Castro de La Coraja-Aldeacentenera

Si tomamos como ejemplo el castro de *La Coraja*, la técnica constructiva de la muralla es la siguiente: lajas de pizarra del lugar, irregulares, colocadas horizontalmente y tapados los huecos con tierra y piedras de menor tamaño para evitar el derrumbamiento de la pared, que ofrece perfil abombado al doblar en ángulo los dos lienzos de muralla. El espacio comprendido entre ambos lienzos fue relleno con piedras sin desbastar, del mismo tipo que las empleadas antes, y tierra. En el interior de los muros pudieron observar huesos, cenizas y carbón al parecer de enterramientos infantiles y la puerta o entrada principal, con finalidad defensiva, por estar próxima al foso y a la muralla que corre paralela al río y ser, además, el único camino que lleva al recinto principal o acrópolis, donde se encuentran plantas de casas más o menos rectangulares o elipsoidales. Por la parte izquierda del foso, se puede continuar circunvalando el cerro y seguir la muralla que lo bordea sobre el corte que el arroyo ha excavado hasta desembocar en el Almonte. Las laderas, con los bloques de pizarra en arista, sirven a la vez de despeñadero y defensa¹⁵⁴. La construcción de murallas en *La Coraja* denota un incremento de la riqueza y de los recursos de la comunidad, necesarios para hacer frente al coste económico y

¹⁵⁴ Rivero de la Higuera, 1974.

humano de la edificación de dichas defensas. En este incremento de la riqueza debieron jugar un gran papel los contactos con sociedades más avanzadas del sur de la Península y la influencia de los pueblos colonizadores, con quienes se realizaban intercambios a través de una ruta prehistórica que luego dará origen a la Vía de la Plata. La aparición de posibles invasores hace que se empiecen a construir murallas, torres, fosos; estos poblados fortificados se denominan genéricamente «castros».



Torreón de Castro de La Coraja



Detalle de grabado en Castro de la Coraja-Aldeacentenera



Detalle del Castro

La producción de hierro, fundición del bronce, fabricación de cerámica, tejidos, talla en piedra, la producción agrícola y ganadera, es más que evidente en las actividades diarias del poblamiento de *La Coraja*, por los restos localizados en las excavaciones arqueológicas dirigidas por el Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Extremadura llevadas a cabo en los años 80 del siglo XX. A

lo que tenemos que añadir el almacenamiento de alimentos a gran escala, además de los ajuares de los cementerios y de las relaciones comerciales e intercambio de productos que nos permiten hablar de una creciente industrialización del pueblo vetón de *La Coraja*.

BIBLIOGRAFIA.

Ábalos, I., Araujo, R. (1983). "Panorama de la Arquitectura en Cáceres". *Oeste*. 1: 12-23. COADE. Badajoz.

Almagro, M. (1969). *Las pinturas rupestres de la cueva de Maltravieso de Cáceres*, guía del visitante. Madrid.

Almagro-Gorbea, M. (2017). *Oppida célticos y ciudades mediterráneas*. Madrid. Real Academia de la Historia, número 15.

Almagro Basch, A. (1961). "El depósito del Bronce III Hispano de Cabezo de Araya. Arroyo de la Luz (Cáceres)". *Revista de Estudios Extremeños XVII*, pp. 7-26.

Altuna, J. (1992). "El medio ambiente durante el Pleistoceno Superior en la región Cantábrica con referencia especial a sus faunas de mamíferos". *MUNIBE (Antropología-Arkeología)* (San Sebastián: Sociedad de Ciencias Naturales ARANZADI) (43): 13-29.

Álvarez Fernández, E. (2001). "Altamira Revisited: Nuevos datos, interpretaciones y reflexiones sobre la industria ósea y la malacofauna". *Espacio, tiempo y forma. Serie I, Prehistoria y arqueología* (14): 167-184.

Álvarez Martínez, J. M y otros. (1994). *Conjunto arqueológico de Mérida*. Salamanca.

Amory, P. (2003). *People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554*. Cambridge: Cambridge University Press.

Arsuaga y Martínez. (2000). *Proyecto Atapuerca: La Especie elegida, la larga marcha de la evolución humana*. Ed. de Bolsillo, Temas de Hoy. Barcelona.

Aubet, M. E. (1975). "La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla", *Programa de Investigaciones. Protohistóricas*. II. Barcelona.

Aubet, M. E. (1981). "La necrópolis de Setefilla (Lora del Río, Sevilla). El Túmulo A. *Programa de Investigaciones. Protohistóricas*: Andalucía Extremadura, Barcelona.

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.

Benedicto Salas, R. (2010). *Introducción a la construcción megalítica*. Zaragoza: Mira Editores.

Bermejo Tirado, J. (2007). *Breve historia de los íberos*. Nowtilus. Madrid.

- Berrocal-Rangel, L.; Celestino, S.; Enríquez, J.J.; Valdés, F: *Arqueología en Extremadura: Diez años de descubrimientos*. Extremadura Arqueológica, 4, Universidad Autónoma de Madrid - Junta de Extremadura; Madrid-Mérida, 1995.
- Brûlé, P. y Oulhen J. (1997). *Esclavage, guerre, économie en Grèce ancienne. Hommages à Yvon Garlan*. Presses Universitaires de Rennes, diff. SODIS, coll. Histoire.
- Burillo Mozota, F. (2011). "Oppida y ciudades estado celtibéricas". *Complutum*, 2011, Vol. 22 (2): pp. 277-295.
- Cabecera Soriano, R. (2015). *Los pueblos de colonización extremeños de Alejandro de la Sota*. Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- Callejo Carbajo, A. (1998). "La cueva de Maltravieso. Cuarenta años de investigación". *Revista de Extremadura*. Badajoz, número 25, pp. 131-151.
- Callejo Serrano, A. (1957). "Las cuevas del Calerizo de Cáceres". *Actas del V congreso de Estudios Extremeños*. Badajoz, tomo III, pp. 57 y ss.
- Callejo Serrano, A. (1958). *La cueva prehistórica de Maltravieso*. Cáceres. Publicaciones de la biblioteca pública de la ciudad. Cáceres.
- Calvet, L-J. (2007). *Historia de la escritura: de Mesopotamia hasta nuestros días*. Planeta.
- Capalvo Liesa, A. (1996). *Celtiberia: un estudio de fuentes literarias antiguas*. Zaragoza.
- Cardalliaguet Quirant, M. (1988). *Historia de Extremadura*. Badajoz.
- Castiñeira Morales, Raquel; López Parra, Carlos; Mata Comino, Fernando; Prieto Calonge, María Eugenia (2002). *La Prehistoria*. Zaragoza: Editorial Luis Vives.
- Castro Villalba, A. (1995). *Historia de la construcción arquitectónica*. Barcelona: Servicio de publicación, UP de Cataluña.
- Celestino Pérez, S; Jiménez Ávila, J. (1993). El Palacio-Santuario de Cancho Roano IV, El sector Norte, Badajoz.
- Celestino Pérez, S. (dir. congr.). (2003). Cancho Roano VIII-IX, los materiales arqueológicos I-II, Junta de Extremadura, Consejería de Cultura, Mérida.
- Celestino Pérez, S. (1995). "Reflexiones en torno a la construcción del Santuario "A" de Cancho Roano", *Extremadura Arqueológica*, V. Mérida.
- Cerrillo y Martín de Cáceres, E. (1983). *La basílica de época visigoda de Ibahernando*. Institución Cultural "El Brocense". Cáceres.

- Cerrillo y Martín de Cáceres, E. (1976). "La basílica de época visigoda de Magasquilla de los Donaires en Ibahernando". *Actas del V Congreso de Estudios Extremeños, ponencias VII y VIII. Arqueología y Arte Antiguo*.
- Cerrillo y Martín de Cáceres, E. (2016). "El tetrapylon de Cáparra. Visión histórica y gráfica". *Zephyrus*, 59, Salamanca, pp. 305-316.
- Cervera, J; Arsuaga, J. L; Bermúdez de Castro, J. M y Carbonell, E. (2001). *Atapuerca un millón de años de historia*. Ed. Complutense, Plot Ediciones. 5ª Ed. Madrid.
- Chadwick, R. (1992). "Calendars, Ziggurats, and the Stars". *The Canadian Society for Mesopotamian Studies Bulletin* (Toronto), pp. 7-24.
- Choisy, A. (1977). *Historia de la arquitectura. Primera Parte*. Buenos Aires: Editorial Victor Leru. Traducción completa de Gallo, S. de la edición original: *Histoire de l'architecture*. Paris: Gauthier-Villars, 1899.
- Clayton, E. (2015). *Historia de la Escritura*. Siruela, el ojo del tiempo.
- Collado, O. (1999). *El Parque Cultural de Albaracín*, Colección Parques Culturales de Aragón, Gobierno de Aragón, Zaragoza.
- Collis, J. (1984). *Oppida: earliest towns north of the Alps*. Dept. Prehistory and Archaeology, University of Sheffield.
- Collis, J. (1984). Comercio y contactos entre los oppida de la Europa Templada por John Collis (University of Sheffield).
- Correia Santos, M. J. (2010). "Santuários rupestres no Ocidente, da Hispania indo-europeia. Ensaio de tipologia é classificação". *Paleohispánica*, Institución "Fernando el Católico", número 10, Zaragoza, pp. 147-172.
- Correia Santos, M. J. (2015). *Santuarios rupestres de la Hispania Indoeuropea*. Universidad de Zaragoza.
- Crawford, H. (1993). *Sumer and the Sumerians*, Cambridge University Press, (New York).
- Cunliffe, B. y Rowley, T. (1976). *Oppida: the Beginnings of Urbanisation in Barbarian Europe*. Oxford, BAR Suppl. Series, 11.
- Díez González, C. (2010). "La Arquitectura del Santuario". *Memoria y patrimonio. La Virgen de la Montaña, 100 años como patrona de Cáceres*. Badajoz.
- Enríquez Navascués, J. J, Rodríguez Díaz y Pavón Soldevilla, I. (2001). *El Risco. Excavación de urgencia en Sierra de Fuentes (Cáceres) 1991 y 1993*, Mérida.
- Esteban Ortega, J; Ramos Rubio, J. A. y De San Macario. (2014). "El Complejo arqueológico de San Juan el Alto de Santa Cruz de la Sierra". *Revista Alcántara*, número 79, Cáceres, enero-mayo.

- Gilotte, S y otros. (2017). *Al-balat, vida y guerra en la frontera de Al-Ándalus* Cáceres.
- Gilotte, S. (2011). “El yacimiento de Al-Balat en el contexto del poblamiento medieval del Norte de Extremadura”. *Actas I y II Jornadas de Arqueología Medieval. La marca inferior de Al-Ándalus*. Mérida.
- Gómez Ferreira, R. (2014). Evolución histórica de las condiciones de trabajo en el Sector de la Construcción. En “ORP 2014”. Zaragoza.
- González Sainz, C; Ruiz Redondo, A. (2010). "La superposición de figuras en el arte parietal paleolítico. Cambios temporales en la región cantábrica" *Cuadernos de Arqueología* (Universidad de Navarra) (18 (1)): 41-61.
- Gwendolyn, L. (2002). *Mesopotamia: The Invention of the City*. Penguin Books.
- Harrison, R. J. (1989). *España en los albores de la historia: iberos, fenicios y griegos*. Nerea, Madrid.
- Hauser A. (1969). *Historia social de la literatura y el arte*. Vol. I, ed. Guadarrama. Madrid.
- Iglesias, L. G. (2000). *Los orígenes del pueblo griego*, Madrid: Síntesis.
- Jiménez Ávila, J. (2012). *Cancho Roano: más que palabras*. Badajoz.
- Leroi-Gourham, A. (1967). "Les mains de Gargas. Essai pour un étude d'ensemble". *Bulletin de la Société Préhistorique Française*. París, volumen LXIV, 1, pp. 107-122 y seis figuras.
- Mark, R. (2002). *Tecnología arquitectónica hasta la revolución científica. Arte y arquitectura de las grandes construcciones*. Madrid: Akal.
- Martín Borreguero, J. C.; Jiménez Berrocal, F y Flores Alcántara, A.P. (2008). *La cacereña ribera del Marco*, Cáceres.
- Martínez Utrillas, J. *et alii*. (2012). *El Parque Cultural de Albarracín: Arte Rupestre Patrimonio Mundial*, Dobleuve Comunicación, Teruel.
- Orta, E. M y Garrido, J. P. (1963). “La tumba orientalizante de “La Joya”, Huelva, *Trabajos de Prehistoria* 11.
- Pérez Prendes, J. M. (1974). El mito de Tartessos. *Revista de Occidente*, (134), Madrid.
- Ripoll López, S; Ripoll Perelló, E y Collado Giraldo, H. (1999). *Maltravieso, el santuario extremeño de las manos*. Memorias 1 del Museo de Cáceres. Badajoz.
- Rivero de la Higuera, M. C: “Algunas cerámicas ibéricas decoradas del “Castro Plaza del Tercio” (Torrecillas de la Tiesa, Cáceres”. *Zephyrus*, tomo XXV, Salamanca, 1974, pp. 351-377.

- Roso de Luna, M (1902). "Excavaciones en la Sierra de Santa Cruz". *Revista de Extremadura*, IV. Junio. Badajoz, pp. 253-258.
- Sanabria Marcos. (2008). *El mensaje de Maltravieso 50 años después (1956-2006)*. Memorias del Museo de Cáceres 8, Cáceres.
- Sanchidrián Torti, J. L. (1988-89). "Perspectiva del arte paleolítico de la cueva de Maltravieso (Cáceres)". *Ars Praehistorica*. Barcelona, tomos VII-VIII, pp. 123-129, con figuras.
- Schulten, A. (1945). *Tartessos*. Madrid.
- Serra Rafols, J. (1945). "El poblamiento del valle medio del Anas". *Revista de Estudios Extremeños*, Badajoz.
- Théodoridés, A. (1973). Les égyptiens anciens "citoyes" ou "sujest de Pharaon". *RIDA* 20, pp. 51-112.
- Utrilla Miranda, P. (2000). *El Arte Rupestre en Aragón*, Colección CAI 100 nº 56, Caja de Ahorros de la Inmaculada, Zaragoza.
- Vicent, J. M. (1988). "El hombre cazador se hace agricultor". *Historia*, número 142, Madrid, pp. 56-67.
- Wernick, R. (1975). *Los Constructores de Megalitos*, Libros Time Life.
- Wikinson, J. (1992). *Los antiguos egipcios, su vida y costumbres*. Lepsius, Valencia.

